LIBRO dot.com

¡Ovejón!

Luis M. Urbaneja Achelpohl



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Y en las bocacalles, sobre el camino real, se aglomeraban grupos de curiosos, que, alarmados, repetían:

-¡Ovejón! ¡Ovejón! ...

Sin embargo, en la carretera no se distinguía nada, sino el sol aragüeño dorando la polvareda.

Nadie habíalo visto, pero la gente armada que en su seguimiento venía desde Zuata, atropellando el sendero, así lo aseguraba. Ellos dieron la voz de alarma. Tal huésped no era para dormir con las puertas de par en par, según la vieja costumbre de los vecinos, quién sabe si obligados por el cultivo que constituía una de las fuentes de su prosperidad: el ajo, el ajo, que por cuentas de ristra, como blancas y nudosas crinejas colgaban en todas las ahumadas vigas de las cocinas, en las madrinas de los corredores, en las salas y aun en la misma sacristía de la vieja iglesia, por los grandes días de la cosecha, en aquel risueño poblado, el más alto orgullo de la feraz comarca.

Ovejón, como de costumbre, había desaparecido a la vista de sus perseguidores, en el momento trágico, cuando bien apuntado lo tenían y con solo tirar del gatillo de las carabinas, hubiese rodado hecho un manare el ancho pecho. Pero el bandido extendió ante ellos como una niebla cegadora y escapó. Ovejón sabía muchas oraciones.

Los grupos de curiosos desperdigábanse, volvían a sus casas comentando lo ocurrido: aquello era lo de siempre, carreras y sustos, y Ovejón haciendo de las suyas. Aquellas horas, cuán lejos estaría de los alrededores...

Con una suave tonalidad de violetas, en el vasto cielo iniciábase el crepúsculo, un crepúsculo de seda. En las colinas desnudas de altos montes tendíase un verde como nuevo y lozano, un verde de primavera, y en las crestas montañosas, un J oscuro verde intenso, como el perenne de los matapalos laureles. Casi blanca, cual una flor de urape, la estrella de los

luengos atardeceres, en el Poniente, en apariencia fija y silenciosa, prestaba al ambiente una dulcedumbre pastoril. Todo en la campiña era grave y apacible: sobre la alta flecha de la iglesia se espolvoreaba una rubia mancha de luz. En el paso del río, en medio de los cañamargales, el agua se deslizaba, clara, limpia, con un grato rumoreo, y en medio de las cañas y malezas brillaban destellos azulosos y anaranjados.

Un mendigo, sucio y roto, abofallado el rostro, los labios gruesos y la piel cetrina, llena de nudos y pústulas, penosamente arrastraba un pie descomunal, hinchado, deforme, donde los dedos erectos semejaban cueros bajo una piel agrietada y escamosa. Un destello de sol violáceo y fulgente envolvía al mendigo, quien hacía por esguazar el río saltando sobre las chatas piedras verdosas y lucientes por la babosidad del limo. A lo lejos un manchón de boras, cual una diminuta isla anclada en medio de la corriente, se mecía, y el nenúfar de los ríos criollos comenzaba a entreabrir sus anchos cálices sobre las aguas tibias. De cuando en cuando, desde una caña cimbreante, el martín pescador se dejaba caer como una flor de oro al

agua y alzaba de nuevo revoloteando, entre sus gritos secos.

El mendigo se apoyaba en una vara alta y su burda alforja limosnera le colgaba a un lado, escuálida, sin que en ella siquiera se dibujara el disco abultado y duro de una arena argüeña, dorada al rescoldo.

Avanzaba el mendigo y la luz fuerte y violácea hería sus ojos opados, en tanto que tanteaba con la vara la firmeza de los pedruscos y alargaba con precaución su pie deforme. La babasa era traidora y la luz cegaba, y el mendigo cayó de bruces contra las piedras y la estacada, que cual una triple hilera de dientes enjuncados, resguardaba de los embates de las crecientes a aquellas pródigas tierras de labrantío, famosas ya, antes que el sabio germano las apellidara jardín.

A los ayes lastimeros del mendigo surgió un hombre apartando la maleza Era de mediana

estatura y sus ojos fulguraban. Su mirar era inquieto, pero en las líneas duras de su boca vagaba en veces una sonrisa bonachona y mansa.

El hombre se lanzó al río, como si el mendigo fuese un niño, lo tomó por debajo de los brazos y lo sacó con gran suavidad al talud. El mendigo era todo ayes y lamentos. Su carne podrida, magullada, no había cómo tocarla. El tobillo deforme sangraba. Un ñaragato con sus curvas y recias espinas rasgara profundamente aquellas carnes fofas. Gruesas lágrimas abotonábanse al borde de sus párpados hinchados.

El hombre levantó los ojos y miró alrededor. Su mirada fue larga y honda, como una requisitoria que llegara al fondo de los boscajes y las malezas. Y todo era calma y penumbra en la solemnidad del atardecer. Solo el martín-pescador, desde la caña cimbreante se dejaba caer como una flor de oro al agua y alzaba revoloteando, entre sus secos gritos.

El hombre se aproximó al mendigo, examinó la herida y con el agua del río comenzó a lavarla, como lo hiciera una madre a su tierno infante. La sangre no se detenía, no era violenta, pero sí continua. El hombre se alejó. Inclinado sobre la tierra buscaba entre los yerbajos. Se incorporó. Entre sus dedos fuertes tenía hecha una masa con unos tallos verdes. La aplicó a la herida y como el mendigo no tuviese un trapo propio para su ven- 1 daje desabrochó la amplia camisa de arriero que le cubría del cuello a la pantorrilla, y sacó un pañuelo de seda, uno de esos vistosos pañuelos de pura seda, con que la gente que venía de Las Canarias gustaba regalarnos en su comercio de contrabando.

El mendigo veía hacer al hombre sin decir palabra y éste solo atendía a la herida.

Cuando la sangre se menguó, el hombre aplicó el vendaje. Ni la más ligera sombra purpurada teñía la albura de la seda. Una sonrisa de satisfacción apuntó a los labios del hombre.

El mendigo murmuraba:

-¡Gracias! ... Estoy curado. El hombre:

-No tengas miedo. El cosepellejos cerrará tu herida.

El mendigo hacía por levantarse. El hombre le tendió la mano cordialmente y le puso en pie. Sus ropas estaban empapadas, adheridas al cuerpo. El hombre se deshizo de su camisola de hierro y se la obsequió.

El mendigo le miraba admirado; bajo la burda camisa, el hombre llevaba encima un terno fino de j blanco hilo. Y mientras éste le ayudaba a cubrir con la camisola, le examinaba atento. Un detalle se fijó en su mente: los ojos eran brillantes, y el pelo, crespo y melcochado.

El hombre, al ponerle en sus manos la vara en que se apoyaba, recogió del suelo la alforja limosnera y viendo que ésta se hallaba vacía, desabrochó la ancha faja, de la que pendían un puñal y un revólver de grueso calibre y de ella extrajo, una tras otra, muchas bambas y, como en ellas viniera un venezolano de oro, lo miró un instante y echó todo en la alforja y dijo:

-Para ti debe ser, porque por su boca salió.

El mendigo quiso besarle las manos. Era aquello un tesoro con que no había soñado nunca. Dábale las gracias y le bendecía. Caminaba tras él con la boca rebosando gratitud. El hombre se volvió y dijo:

-Hoy por ti, mañana por mí.

El sol ya no ofuscaba los ojos del mendigo. El poblado no estaba distante. Aún brillaba una dulce claridad en aquel largo atardecer de otoño y echó a andar alegremente, sin cuidarse de su pie deforme. Venus ya no era una nítida flor de urape, sino un venezolano de oro en la gloria del crepúsculo.

Aún el farolero no se había entregado a su habitual tarea. Su escalera hallábase arrimada a la pared bajo el farol por el cual comenzaba siempre. Adentro, en la pulpería, en un vaciar de tragos, comentaba junto con otros la última hazaña de Ovejón. En Zuata robara a un hacendado y matara un hombre a puñaladas.

A la puerta de la pulpería -asomó la faz abofallada, llena de nudos y pústulas, el mendigo. Ante su pie deforme, todos callaron, esperando oír su voz plañidera implorando la caridad, en tanto que su escuálida mano alargara el sombrero, sucio y deshilachado, para recoger la dádiva. Pero el mendigo se llegó hasta el mostrador y pidió un trago. Bajo la luenga camisola sentía la humedad de sus ropas y tenía hambre y frío. Bebió la caña vieja y paciente se dio a masticar el pan duro de la mendicidad.

Los otros, sin verle, prosiguieron su charla. Dijo el farolero:

-De que tiene oraciones, las tiene.

Un negro embarrador de caña en una hacienda vecina, pringoso y oliente a melaza, afirmó:

-Lo que tiene es un escapulario ensalmado. Mientras lo lleve encima, nunca le pegará una bala.

El pulpero, descreído:

-Lo que tiene son alcahuetes; ¡a que si le espanto un tiro con mi morocha se le acaba la gracia! Un mocetón aindiado:

-Yo quisiera conocer a Ovejón por ganarme los quinientos pesos. Quinientos pesos dan a quien lo coja vivo o muerto.

El negro pringoso:

-Es muy fácil. Es un catire, de buen tamaño, con los ojos como dos monedas y el pelo como una melcocha bien batida. Anda, ve a buscarlo al monte. Cuando lo traigas me brindarás el trago.

El farolero:

-Este trago ya me lo estoy bebiendo. No hay mejor aguardiente como el de los velorios.

El mendigo hacía por ablandar entre su boca el ribete de una torta de cazabe e interiormente pensaba: "El hombre del río, el hombre del río es Ovejón. Quinientos pesos a quien le entregue vivo o muerto. El brujo Ovejón, quien tiene el alma vendida. Si le entregara

no perdería más. No me arrastraría por los caminos. 'Me curaría mi pierna. ¡Quinientos pesos! ... Con dinero los médicos me sanarían". El mendigo metió la mano en su alforja en busca de otro pedazo de cazabe y sus dedos tropezaron con las monedas. Allí estaba el venezolano de oro. Tornó a pensar: "Ovejón debe tener muchos como éste. No tiene grima en dar. Es un buen corazón, y ¿por qué robará? Es caritativo. Éstos, los que aquí están, me tienen asco, no me hubieran lavado el pie. ¿Por qué inspiré lástima a ése, quien mata y roba en los caminos?" Y recordó sus ojos y sus cabellos melcochados. Su boca dura y su mansa sonrisa.

En la calle sintió el paso largo y acompasado de una cabalgadura. El mendigo se volvió para ver.

En un caballo moro iba un hombre de altas botas jacobinas, con una cobija de pellón en el pico de la silla. Al pasar frente a la pulpería marchaba a todo andar. El hombre del caballo volvió la faz y los ojos del mendigo se encontraron con los del jinete. La boca de aquél se abrió, alargada, pero se cerró enseguida.

El pulpero sacó la cabeza para ver. El del caballo iba lejos; el pulpero observó:

-Buena bestia.

El mendigo interiormente: "Es él, Ovejón: le vi los ojos, lucían como dos monedas, como dos puñales".

El farolero:

-Voy a encender el farol.

Un negro pringoso, mechificando al indio:

-¿Por qué no te has ido en busca de Ovejón?

Cuidado si esta noche lo tropiezas metido en tu chinchorro. Anda por el pueblo. Esta noche es de patrulla. Cuidado con Ovejón.

El mendigo, para sí "Era él, era él. Va huyendo.

Mató a uno. Robó a otro. ¿A quién mataría? ¿A quién robaría?".

Por el camino se acercaban cuatro hombres corriendo. Venían armados. Entraron en la pulpería de sopetón.

-¿No le han visto pasar? El pulpero:

-¿A quién? ¿A quién? -¡A Ovejón! ¡A Ovejón! ... Todos se vuelven asombrados: -¡A Ovejón! ¡A Ovejón! Los hombres:

-Se ha robado la yegua mora. ¡La montura y las botas del general! ...

Los hombres:

-¿No le han visto pasar? El pulpero:

-Uno pasó. Los hombres:

-¿En la yegua mora?

El pulpero, volviéndose al mendigo:

-Mira tú, que te pusiste a mirar. ¿Era una yegua mora?

El mendigo: -No la vi. El pulpero:

-Suelten la potranca. Ella buscará el rumbo de la madre.

El indio:

-Suelten la potranca y los quinientos pesos serán nuestros.

El mendigo se escurrió como una sombra. A lo largo de la calle se alejaba renqueando. El farolero encendía los mecheros. La gente, armada, soltaba la potranca y corría tras ella. El mendigo había dejado atrás la última casa del poblado y se perdía en la carretera. Se detuvo en un recodo. Era aquél un paso estrecho y peligroso. Se agazapó contra el talud.

Pronto sintió el correr menudo de la potranca. Era una potranca nuevecita. A lo lejos se oía el voceo de los hombres, quienes venían reclutando voluntarios. El trote se hizo más cercano. La potranca estaba allí, en el recodo. El mendigo alzó su palo con ambas manos y lo descargó con fuerza sobre la cabeza del animal. La potranca se detuvo, aturdida. Otro golpe la hizo

precipitar al barranco.

El mendigo ganó los sombríos cafetales e interiormente murmuraba: "Hoy por ti, mañana por mí."

Y Venus en el ocaso, resplandecía como un venezolano de oro.